

cuando sólo fué antojo de una niña ociosa y mimada, revivió con la imaginación su vida pretérita y lloró con infinita amargura al considerar, a la luz del desengaño, cuán grande había sido su error y cuán injustificable su conducta. Ahora se explicaba por qué la carta que dirigió a su madre no había obtenido contestación aún. — ¡No merezco perdón — decía a sí misma, acongojada y contrita.

Una mañana, cuando ya iba convaleciendo, entregáronle una carta enlutada, con el sello de España. Trémula de emoción y presintiendo alguna horrible desgracia, apenas se atrevía a abrirla. Hízolo, al fin, y no se había engañado en su fúnebre presagio. Firmaba la carta su hermana Anita, y en ella le participaba la muerte de su madre, que, enferma desde la huída de Charito, habíase rendido a la acerbidad de su dolor, tanto más inconsolable por cuanto no podía exteriorizarse, ya que su padre, profundamente amargado por la defeción de la prófuga, había prohibido a todos terminantemente que hablaran de ella, amenazando con maldecir a quien estableciera la más mínima comunicación con la fugitiva. Ella, Anita, infringía la consigna cumpliendo el supremo ruego que le hiciera su madre, una hora antes de morir, de enviarle su perdón y su llamamiento para que retornara al hogar que abandonó...

Deshecha en lágrimas y presa de una inconsolable congoja, Charito Ordóñez hubiera querido poder volar a su tierra, de donde parecían llegarle voces quedas y dulces; orar muchas horas ante la sepultura de su madre, y, ya perdonada, reintegrarse para siempre a los brazos de los suyos, curando con bálsamos de amor y afabilidad la herida que en el afecto familiar abriera su ofuscación. Pero no podía partir... Impedíanselo su desvalidez económica y su invalidez física...

La vehemencia de su deseo fué poderoso incentivo para su restablecimiento. Ya curada (muy relativamente, pues su juventud y su alegría quedábanse allí enterradas), dedicóse con ahínco a la consecución de los medios económicos para realizar el viaje. Suplicando unas veces, y otras amenazando con una reclamación judicial, pudo conseguir de la Empresa en cuyo servicio se inutilizó que le abonara una indemnización, con cuyo importe pudo al fin ponerse en camino para España.

Quando llegó a Madrid solo le quedaba un puñado de pesetas. Sacó el billete del tren hasta Valderas, su pueblo natal, y el dinero restante lo empleó casi todo en flores, con las que cubriría la sepultura de su madre...

III

A la llegada del tren rápido a Valderas, a las dos de la tarde, Charito Ordóñez, cubierto el rostro por el velo y recatándose con el enlutado manto, salió de la estación y tomó un carruaje que la con-